

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Natalia M. Alcalde

# DELIRIO

TERCERA EDICIÓN

**Premio «Morella Negra»  
a la mejor primera novela negra, 2024**



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº28—  
MADRID • MMXXIV

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © NATALIA M. ALCALDE

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Corrección ortostilística: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de cubierta © MARIANA GELLA

Fotografía de la autora en solapa © AITOR LASPIUR

Primera edición: noviembre, 2022

Segunda edición: enero, 2023

Tercera edición: febrero, 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-28-0

Depósito legal: M-25222-2022

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

*Para Arturo, porque abrazó mi delirio*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

«Oh, we can beat them, forever and ever.  
Then we could be heroes, just for one day»

DAVID BOWIE. *Heroes*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



PRIMERA PARTE

Delirio persecutorio

*El albor se convierte en podredumbre al caer la noche*

«Toda la literatura es chisme»

TRUMAN CAPOTE

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## ALGARABÍA

Todos lo hablaron. Todos lo comentaron. Todos, en el egoísmo de su contexto, creyeron dogmática su opinión. Los callejones de la ciudad se convirtieron en sucios ríos cargados de un barullo indecoroso y carente de lógica. La escabrosidad se propagó como la peste. La información se deformó y se espesó. Viajó el chisme de cabeza inquisidora a cabeza inquisidora. Tumulto lejano y cercano. ¡Cuántos murmullos por las calles de Guanajuato! ¡Cuánto estrépito! ¡Cuántas versiones! Versiones que llegaron a los oídos de él, del carnicero que decapitó a un cerdo muerto; de ella, de la florista que depositó una docena de rosas en las manos trémulas de un adolescente; de la niña que corrió por las escaleras empinadas de la universidad. Había escándalo en los autobuses, en el jardín central: escándalo que radicó en la banalidad y banalidad que se sustentó en la ignorancia.

—¿Supiste? —preguntaron.

—¿Cómo no saberlo? Lo saben todos. ¡Es un horror!

Se murmuró por aquí y por allá. Se oyeron voces que iban desde el centro hasta las afueras de la ciudad, sobre los diferentes bloques de cemento, de una ventana a la otra, agitando sábanas recién lavadas, en el mercado y frente a la basílica. La ciudad se caracterizó por el cuchicheo, por el montón de piececitos que se

reunieron y se apartaron para jugar al teléfono estropeado. Pero detrás de las frases de espanto, se escondió el succulento sabor del morbo, de las ganas por estar al tanto y escapar del tedio de la propia existencia.

—Un verdadero horror, te digo, por donde quiera que lo veas... ¡Es horrible!

—¡El mundo está hecho un asco!

—¡Ay! Es que no me lo creo, en mis tiempos...

—En nuestros tiempos estas cosas no pasaban. La sociedad está confundida.

—El mundo está podrido.

—Es el fin de los tiempos, Berta. El Apocalipsis presagia esto. El fin vendrá cuando los hombres se vistan de mujeres y las mujeres de hombres. ¡Eso dice!

—¡Pobre, Juanjo! Es un buen hombre.

—¡Juanjo de pobre no tiene un pelo, Susana! Ha demostrado ser muy... muy promiscuo.

—A decir verdad, a mí Juanjo nunca me cayó bien, siempre supe que acabaría haciéndole algo así a Brígida. Andaba inmiscuyéndose con alumnas y... alumnos —una de las presentes en la conversación se persignó al escuchar aquello.

—Pues eso le pasa a la loca de Brígida por ir a embarazarse de un español, los europeos son mucho más liberales.

—¡Ya no hay temor de Dios!

—Siempre se le notó lo amanerado.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿De qué hablan?

—¿En serio, no sabes?

—Mataron a un hombre en el hotel de Juanjo.

—Pensé que era mujer.

—¡No! Era un travesti.

—Creo que era transgénero.

—¡Ay! Es que con tantos términos uno ya nunca sabe. Cada día se le agrega una letra nueva al *lobby* de los gays.

—Es parte del adoctrinamiento del nuevo comunismo. Es la nueva izquierda. ¡Nos quieren lavar el cerebro!

—Pero... ¿Qué pasó?

—Eso, lo mataron, pero feo, tortura y todo. Dicen que le rebarraron la piel de las piernas en vida con un pelapapas. Fue un crimen pasional.

—Juanjo es el acusado.

—Juanjo nunca...

—Por esto mismo la naturaleza se basa en mujer y hombre, las personalidades se complementan, ¿ves? La mujer le pone el freno al hombre. Dos hombres juntos solo se dedican a acelerar y no hay quién los pare. Un cura lo explicaba en un vídeo muy bueno, lo vi en Facebook, luego se lo paso.

—No entiendo tu referencia, mamá. ¿Eso qué tiene que ver con que hayan matado a alguien en el hotel de Juanjo? ¿Cómo están tan seguras de que fue él?

—Hija, es que a ver... mataron a un travesti en el hotel de Juanjo. ¿No te parece demasiada casualidad?

—No puedes culpar a alguien de ser asesino por sus preferencias sexuales.

—No estamos culpando a nadie, Marisa, solo que está bastante rara la cosa. A nosotras Juanjo nos cae muy bien —asintió a la par el montón de cabezas teñidas de rubio.

—¡No puedo creerlo! ¡Me voy!

—¡Marisa!

—Déjala, Susy, los jóvenes con tanta información no entienden dónde están los límites del bien y el mal.

—¿Oigan, pero sabían que había otra mujer con Juanjo?

—No hay un alma en el hotel de Juanjo. Presiento que es lavado de dinero. ¿Quién mantiene un hotel con cinco cuartos?

—Seis cuartos, son seis.

—Me dijeron, no estoy segura, que la otra mujer es de la Ciudad de México, jovencita, rubia, guapa... dicen. Ella encontró a la muertita.

—Al muerto, era hombre, Marta.

—Pero ¿qué hacían juntos?

—¿Y qué hacía ella en el hotel de Juanjo?

—¿No será amante de Juanjo? Con él nunca se sabe.

—¡Todo es rarísimo! ¡Qué espanto! ¡Qué horror!

—Bueno, yo solo escuché que fue ella la que encontró a la víctima. Me dijo la señora de la frutería por la mañana. ¡Vete tú a saber!

\* \* \*

El cielo del atardecer en Guanajuato se pintó de un color rosa, casi surreal, bonito como para tomarle una foto con el teléfono móvil. Era color rosado, como los flamencos de plástico que se sostenían sobre un palo metálico dispersos por el minúsculo hall del Hotel Delirio. Los flamencos se mantenían firmes, no se habían movido ni un centímetro. Para ellos, nada había sucedido entre las cuatro paredes alargadas de esa antigua casa remodelada. Los detectives y los policías federales los esquivaban mientras revisaban los muebles buscando supuestos indicios que los ayu-

dasen a dar con el culpable del homicidio. Los oficiales abrieron cajones y puertas, cubrieron superficies con polvos blancos para después situar cintas transparentes con las que esperaban encontrar huellas dactilares y marcaron fronteras amarillas por donde creían oportuno negar el paso.

Juanjo escondió el rostro entre las palmas de las manos. Apoyó los codos contra los muslos. En posición de llanto, no lloraba, era más bien que no quería ver cómo enmarañaban y revolvían su hotel. Llevaba puestos los auriculares porque tampoco quería escucharlos hablar, inculparlo. Yo sí observé, yo sí escuché los pasos energúmenos de ese montón de hombres, los murmullos con los que apuntaban a Juanjo. Sostuve con la mano derecha el brazo de mi amigo. Él era mi ancla, me recordaba que no estaba sola, no me sentía cómoda entre ese montón de oficiales que me observaban con avidez, alzando las cejas, sonriendo a medias y sin mostrar los dientes. Hacía solo unos minutos, uno de ellos me rozó la mejilla con la yema de los dedos.

—Todo va a estar bien, corazón. No tengas miedo. Yo te cuido —me insinuó.

No. No quería estar sola. Así que sujeté a Juanjo y agradecí su presencia. Con la mano izquierda apreté la punta del vestido blanco que llevaba puesto. Mi vestido se pintaba con hilos color bermellón que conducían a una mancha redonda sobre la zona del vientre. Con el atuendo tan manchado de sangre, cualquiera podría creer que me habían apuñalado.

Juanjo me tomó la mano. Se quitó uno de los auriculares y me lo ofreció. Divisé sus ojos verdes y expiré en son de alivio.

—Ten. Escucha. Me gusta mucho esta canción —obedecí.

—A mí también me gusta, por la película.

Así, los dos, vigilantes y sumergidos en la escena de un bestial crimen a la mexicana, atrapados por las garras del hampa, permitimos que el curso de nuestros pensamientos de luto se disimule entre el ritmo sesentero de Little Tony. «Un cuore matto che ti vuole bene e ti perdona tutto quel che fai», enunció la canción y yo marqué el ritmo golpeando con la punta del zapato el pavimento.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



## ANOMALÍA

Imagino tu cara de perplejidad tras leer las barbaridades comentadas por el montón de señoras guanajuatenses mientras se bebían un cafecito en la tranquilidad de sus aposentos. *Algarabía*, así nombré el primer capítulo. Primero, porque la palabra me encanta y, segundo, porque hace alusión a un montón de voces alegres hablando al unísono. ¿Alegres? Te preguntarás, y yo te respondo que sí. Te puedo afirmar que, a pesar de estar hablando de un aberrante homicidio, muy en el fondo, esas damas desocupadas estaban felices de tener algo nuevo de qué hablar, algo de qué opinar. Los tonos de indignación y las expresiones de desacuerdo con las que condimentaron los enunciados son los ingredientes obligados en la ensalada de los requisitos sociales cuando suceden cosas por el estilo. Tras dos o tres horas de departir al respecto, la mayoría de ellas se fueron a la cama y durmieron serenas, cansadas, pero conformes de tanto ejercitar la lengua y los demás músculos bucales. A pesar de que las palabras les sobran, aquellas mujeres pertenecientes a la catequística clase media mexicana poco entienden sobre lo que trata esta historia. Así que soy yo, y no cualquiera de ellas, quien se ofrece a escribir y narrar las trochas del cuento. Quizá de parte mía llegues a entender un poco mejor qué fue lo que pasó esa noche en Delirio.

¿Y, tú, quién carajos eres?, te preguntarás. Ya sé, ya sé. ¡Qué maleducada! Si voy a contarte esto, lo menos que puedo hacer es presentarme y justificar mi posición de prosista.

Si vuelves dos o tres páginas, te encontrarás con las mujeres hablando sobre la misteriosa chica rubia y guapa que encontró a la víctima: esa soy yo. Me llamo Renata. En ciertos detalles las habladoras tenían razón, fui yo quien encontró a Kika sin vida en la obscuridad de su habitación. Al hallarla, abracé su cuerpo ensangrentado. Derramé lágrimas sobre los arroyos de sangre fresca. Saliva y lágrimas, porque los alaridos que solté crearon burbujas de baba que en cuestión de segundos se convirtieron en gotas temblando sobre su frente.

Procuraré no entrar en detalles sobre Kika antes de tiempo. Quiero mantener la narración de esta historia tan lógica y cronológica como me sea posible, esto con la intención de facilitar tu comprensión de cada detalle, rumbo o bifurcación que nos llevó al espacio y tiempo de la desgracia.

Así que... ¿Por dónde empezar? Quizá por una confesión: Yo sabía desde hace más de un mes que el asesinato ocurriría.

Para que la confesión cobre sentido, habrá que dar un salto en el tiempo e ir a mi infancia. Fue entonces cuando empezaron las visiones. La información de las visiones, como yo las llamo; o delirios, como los llama mi madre, no llega de forma completa. Son imágenes repentinas, fugaces e intrusas que me sacuden en los momentos menos esperados, por lo regular al pestañar. Es algo similar a un sueño: retratos borrosos, vertiginosos, incoherentes. La primera vez que me pasó esto, o por lo menos la primera que recuerdo, fue a los nueve años. De la mano de mi madre, cruzaba una de las intersecciones de mi Uruapan natal cuando me quedé

petrificada ante la imagen de un hombre muerto tirado sobre ese mismo suelo. En mi repentina visión, había conos anaranjados rodeando el perímetro del ser inerte. Recuerdo haber escuchado los gritos de un niño pequeño. Fue súbito. La imagen llegó y se fue en menos de lo que tarda cualquiera en pronunciar las dos vocales del número uno. A pesar de lo breve de la efigie mental, mi cuerpo se paralizó por más de diez minutos. Solté a mi madre. Abrí y cerré los puños en un intento absurdo por olvidarme de lo visto. Mamá, pasmada ante los extraños movimientos y la cara de susto de su hija, intentó averiguar qué me pasaba. Se lo dije de inmediato:

—Se murió un señor en esa calle. Un señor alto y calvo. Tenía puesto un zapato y el otro no.

A los dos días, el periódico anunció la muerte de Juan del Campo, el ortodoncista. Fue arrollado por un autobús de pasajeros mientras atravesaba el empalme entre la avenida Latinoamericana y el paseo Lázaro Cárdenas. Comprendí, a esa edad, que aquello fue un presagio y no una reminiscencia.

Durante los siguientes años, mis habilidades anómalas no hicieron más que ir en aumento. Y la información comenzó a manifestarse al dormir. Mis sueños eran sagaces, tan enérgicos como la vida misma, llenos de fragancias, eran una llamarada de tonos brillantes y encendidos. De vez en cuando turbios, de vez en cuando claros, todos ellos me traían mensajes a través de símbolos que con el paso del tiempo fui descifrando. No eran siempre malos. Eran, a veces, tan bonitos que, al despertar, deseaba regresar al sitio con el que soñaba.

Alguna vez, poco después de que falleciera mi tía, la hermana mayor de mi padre, soñé con ella en una especie de prado forrado por un herbaje ámbar que me llegaba hasta la cintura.